

Hojitas de Fe

El justo vive de la fe

85

6. Símbolo o Credo

Tercer artículo del Credo Que fue concebido del Espíritu Santo, y nació de María Virgen

Al explicar el anterior artículo del Credo, los fieles pudieron comprender cuán grande y singular fue el beneficio con que Dios favoreció al linaje humano al devolverle la libertad, rescatándolo de la esclavitud del más cruel de los tiranos. Mas si ahora consideramos el fin y modo con que quiso hacer este beneficio, y que se resume en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios en el seno de María, tendremos que reconocer que nada hay más sublime y admirable que la generosidad y bondad de Dios para con nosotros.

1º «Fue concebido del Espíritu Santo».

El sentido de estas palabras es: *Creemos y confesamos que Jesucristo, único Señor nuestro, Hijo de Dios, cuando tomó por nosotros carne humana en el seno de la Virgen María, fue concebido, no por obra de varón, como los demás hombres, sino de modo sobrenatural, por virtud del Espíritu Santo; de manera que la misma persona del Verbo, sin dejar de ser Dios, empezó a ser hombre.*

Esto mismo explicó San Juan Evangelista, que había sacado del pecho del propio Salvador el conocimiento de este altísimo misterio; porque, después de haber declarado la naturaleza del Verbo divino con aquellas palabras: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios», al fin concluye: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn. 1 1, 14). De este modo se realizó una perfecta unión de las naturalezas divina y humana, pero guardando cada una de ellas sus acciones y propiedades, y subsistiendo ambas en una sola persona, que es la del Verbo.

1º Cuando decimos que el Hijo de Dios fue concebido por virtud del Espíritu Santo, **no pensemos que la obra de la Encarnación sea exclusiva del Espíritu Santo**, sino común a las tres divinas Personas; pues aunque sólo el Hijo haya tomado la naturaleza humana, todas las Personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, contribuyeron a realizar este sublime misterio, según la sabida regla de fe cristiana: *Todo lo que Dios hace fuera de Sí en las cosas creadas, es obra común de las tres Personas, de suerte que ni una obra más que otra, ni*

una hace algo sin las otras. Sin embargo, suelen las Sagradas Letras atribuir a tal o cual persona de la Trinidad alguna de las propiedades comunes a todas ellas, como el sumo poder al Padre, la sabiduría al Hijo, y el amor al Espíritu Santo; y como el misterio de la Encarnación de Dios expresa la inmensa y singular bondad de Dios para con nosotros, por eso ***esta obra se atribuye muy convenientemente al Espíritu Santo***, que es el Amor increado.

2º En este misterio algunas cosas se realizaron ***según el orden natural***, como por ejemplo: • la formación del cuerpo de Cristo a partir de la sustancia materna; • y la unión del alma humana a este cuerpo en el mismo instante de su concepción; mientras que otras se obraron ***según el orden sobrenatural***, entre las que cabe citar: • ser formado el cuerpo de Cristo en María sin intervención de varón, por el poder del Espíritu Santo; • en el mismo instante en que el alma se unía al cuerpo, únirseles la divinidad, de donde resulta que en un mismo tiempo fue Jesucristo *verdadero hombre y verdadero Dios*, y que la Virgen Santísima es llamada verdadera y propiamente *Madre de Dios y del hombre*; • ser enriquecida el alma de Cristo con los dones del Espíritu de Dios y la plenitud de la gracia.

Todo esto es lo que dio a entender a la Virgen el Angel cuando le dijo: «Sabe que has de concebir en tu seno, y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesúis. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo» (Lc. I 31-32). Y al preguntarle la Virgen cómo podría ser Madre guardando su voto de perpetua virginidad, le contestó el Angel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la Virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y esta es la razón por la cual será verdadero Hijo del Altísimo el Santo que nacerá de ti» (Lc. I 35). Esto mismo declaró Santa Isabel cuando, conociendo por inspiración del Espíritu Santo la concepción del Hijo de Dios, contestó así al saludo de María: «¿De dónde a mí que venga a visitarme la Madre de mi Señor?» (Lc. I 43). En resumen, este fue el cumplimiento de lo que había profetizado Isaías: «Sabed que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, esto es, Dios con nosotros» (Is. 7 13).

Para que los fieles puedan sacar fruto de todo lo expuesto hasta aquí, deben **recordar y meditar con frecuencia:** • que es Dios el que tomó carne humana, aunque de un modo que no podemos comprender ni explicar; • que quiso hacerse hombre para que los hombres llegásemos a ser hijos de Dios; • y que hay que adorar con corazón humilde los misterios que encierra este artículo, sin querer escudriñarlos con altivez.

2º «Y nació de la Virgen María».

No solamente debemos creer que Jesucristo nuestro Señor fue concebido por obra del Espíritu Santo, sino también que nació y fue dado a luz por la Virgen María; y así veneramos a María como ***verdadera Madre de Dios***, porque dio a luz a una persona que es juntamente Dios y Hombre.

1º Este nacimiento de Cristo, al igual que su concepción, ***excedió el orden de la naturaleza***; pues nació Cristo sin menoscabo alguno de la virginidad de su

santísima Madre, saliendo de su seno al modo como salió después del sepulcro cerrado y sellado, o como se presentó a sus discípulos en el Cenáculo «*estando cerradas las puertas*» (Jn. 20:19); o, para no apartarnos de lo que todos los días vemos suceder por virtud natural, así como los rayos del sol penetran la densa sustancia del cristal sin quebrarlo ni causarle la menor lesión, así también, aunque de modo mucho más sublime, salió Jesucristo del seno materno sin el menor detrimento de la virginidad de su Madre.

Síguese de ello que, así como veneramos a María Santísima como verdadera Madre de Dios, así también celebramos con muy verdaderas alabanzas su incorrupta y perpetua virginidad; milagro que, al igual que la concepción del Hijo de Dios, se realizó por virtud del Espíritu Santo, que tanto engrandeció a la Madre en la concepción y parto del Hijo, que le dio fecundidad conservando al mismo tiempo su perpetua virginidad.

2º El Verbo así encarnado en las entrañas de la Virgen Santísima ocupa necesariamente el lugar de nueva Cabeza de la humanidad, ya que nos representa mucho mejor que Adán, que fue infiel a Dios. Y por eso San Pablo lo llama «*nuevo Adán*», por devolver la vida sobrenatural a todos los que el primer Adán hizo morir, y por ser Padre en el orden de la gracia y de la gloria de todos aquellos que tienen a Adán por padre en el orden de la naturaleza. Pero donde está Adán ha de estar Eva, ya que «*no es bueno que el Hombre esté solo: hágámosle una Ayuda semejante a El*» (Gen. 2:18); y así la Virgen Madre debe ser llamada también «*nueva Eva*», que es como la llamaron los Padres de la Iglesia.

Eva dio crédito a la serpiente, dándonos la maldición y la muerte; mientras que María creyó al Angel, dándonos la bendición y la vida. Por eso mismo, Eva nos hizo nacer «hijos de ira» (Ef. 2:3); mientras que María nos ha hecho nacer hijos de la gracia al darnos a Jesucristo. Finalmente, Eva tuvo el castigo de parir a sus hijos con dolor; mientras que María dio a luz a Jesucristo sin dolor alguno. Con estos rasgos, y otros varios que podrían añadirse, explican los Santos Padres la antítesis que existe entre la primera Eva y María, y la colaboración que Nuestra Señora debía ofrecer a su Hijo en toda la obra de la Redención.

3º Consideraciones sobre la concepción y nacimiento de Cristo.

Los fieles, al meditar el misterio de la Encarnación, deben sacar el mayor provecho espiritual posible, cuyos **principales frutos** son:

1º Ante todo, grabar profundamente dicho misterio en el espíritu y en el corazón, y **darle gracias a Dios**, su autor, acordándose frecuentemente de tan gran beneficio.

Con cuánta alegría y gozo del alma se haya de meditar la fe en este misterio, bien lo muestra la voz del Angel que primero anunció al mundo esta felicísima noticia, diciendo: «Mirad que vengo a daros una nueva, que será de grandísimo gozo para todo el pueblo» (Lc. 2:10); y es fácil entenderlo por el cántico de la milicia celestial que

entonaron los ángeles: «*Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*» (Lc. 2 14).

2º Luego, **imitar la humildad** de que Jesucristo les da ejemplo por su encarnación, nacimiento y circunstancias que lo acompañaron, abrazando en su seguimiento todos los oficios de sumisión y dependencia.

Consideremos qué doctrina tan saludable nos enseña Jesucristo en su mismo nacimiento, antes de decir palabra alguna. Nace pobre, nace como peregrino en una posada, nace en un vil pesebre, nace en medio del invierno, pues así lo escribe San Lucas: «Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto; y dio a luz a su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo reclinó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada» (Lc. 2 6-7). ¿Podía el Evangelista compendiar con palabras más humildes toda la majestad y gloria del cielo y de la tierra? Y si Dios hace estas cosas por nosotros, ¿qué no deberemos hacer nosotros para servirle? ¿Con qué prontitud y alegría hemos de amar, abrazar y cumplir todos los oficios de humildad?

3º Además, considerar que Dios quiso someterse a la pequeñez y fragilidad de nuestra carne, para **elevar al linaje humano al sumo grado de dignidad**.

En efecto, el solo hecho de que se hiciera hombre Aquel mismo que a la vez es verdadero y perfecto Dios, basta para declarar la sublime dignidad y excelencia en que quedó establecido el hombre por este divino beneficio; de suerte que ya podemos gloriarnos de que el Hijo de Dios «es hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne» (Ef. 5 30), lo cual no se concedió ni a los felicísimos espíritus angélicos: «Porque no tomó nunca, dice el Apóstol, la naturaleza de los ángeles, sino que eligió la posteridad de Abraham» (Heb. 2 18).

4º Deben igualmente **preparar sus corazones** para que no suceda que el Hijo de Dios, al visitarlos por su gracia, no encuentre en ellos, como en Belén, lugar para nacer espiritualmente.

5º Finalmente, han de **imitar la concepción y nacimiento de Cristo**: pues así como El fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació por modo sobrenatural, y fue Santo y la Santidad misma, así también nosotros debemos nacer, «*no de la sangre, ni del querer de la carne, sino de Dios*» (Jn. 1 18), y después, como «*nuevas criaturas*» (Gal. 6 15), «*proceder con nuevo tenor de vida*» (Rom. 6 4) y guardar aquella santidad y pureza de alma que tanto conviene a hombres regenerados por el espíritu de Dios.

**Oh buen Jesús,
por el amor con que amas a tu Madre,
te ruego que me concedas amarla de veras
como Tú mismo la amas y quieres que se la ame.**